



MERCADO DE LAS VENTAS. MADRID

## Sueños y mentiras

TOÑI FERNÁNDEZ NAHARRO

Tener prisa. Correr-correr, porque hoy sonó tarde el despertador, porque la lluvia que anuncian se presentó con una generosidad que no estaba prevista y salir sin paraguas era pasar el día oliendo al mar de la ropa mojada...; y dónde estaba aquel paraguas que compré a la salida del metro, como el anterior y el anterior y que debí perder a la salida de alguna cafetería como todos sus predecesores. ¡Quince generaciones de paraguas y dónde están cuando se les necesita! Está, está, detrás de aquella cortina, aquel maestro de la ocultación: tapa paredes, tapa ventana, tapa pintura blanco-imposible..., tapa paraguas. Me lo quitaste, cortina, pero ahora me voy sin mirar al reloj porque entonces me recordará que después de esta carrera puedo no llegar. Entonces me voy sin mirar mi muñeca, pero mi prisa no sirve para que los semáforos tengan un detalle y jueguen al verde. O para que la cola del autocar escolar se disuelva a mi paso como si el auténtico carril bus fuera yo. Miguelito –tiene cara de llamarse Miguelito– tiene paraguas como su madre y al decirles “por favor”, con marcada intención de pasar entre ellos, Miguelito mira a su mamá, y con él gira su paraguas que también señala a su mamá y su mamá no reacciona, y Miguelito tampoco, y yo no llego, y deshago aquel lazo maternal que unía una cartera con ruedas de un pequeño empujón. Mientras, la mamá de Miguelito digiere el halo que deja una prisa que, aunque fuera para desactivar la tercera guerra mundial, a ella..., a ella le parecería injustificada. Así que la primera enseñanza del día para el niño no será: “cede el paso en la acera cuando te lo pidan”; sino, qué modales, como si ella fuera la quintaesencia de la buena educación. ¡Miguelito, qué madre!, pero yo sigo corriendo y ya estoy a manzana y media de aquella cola y a media manzana de las obras en la calle Quintana que merman la acera al mismo tiempo que las ganas de caminar. Aquella malla verde que se eleva hacia el cielo como si tuviera algo que aportar.

La suciedad se multiplica por dos al acercarme y la gente por dieciséis porque no se cabe y la enorme fila de la penitencia ante la Santa Obra camina muy despacio..., a un insopportable paso para mi gusto. Imposible volar. Imposible empujar al hombre del chubasquero; dos metros cuadrados de plástico amarillo con gorro a juego y que parece haber nacido para marcar ese paso mínimo. Al otro lado, una hormigonera: qué bonito. Y este estrecho sendero es la única vía para llegar a la boca del metro, la que vomita vidas que fueron tragadas varias estaciones más atrás. Y las debe escupir con cierta deficiencia de oxígeno, porque todos salen con prisa por respirar desde el escalón más alto. Todos en tropel y los que bajan serpentean otra fila, pegaditos a una pared que raspa. Como el resto, taconeo al pisar el suelo del subterráneo para sacudirnos el invierno y a la frente acude la bofetada de verano seco y feo que circula por los mundos subterráneos. Y ahora está todo en manos de los señores del subsuelo. El metro vendrá cuando quiera y parará en cada estación lo que considere. Estamos en manos del más-abajo donde se ha instalado la sana costumbre de leer lo-que-sea con tal de no mirarnos, no sea que reconozcamos en el de enfrente algo de nosotros..., o nada, y no sé qué es peor. Sí, hay algo peor: no llegar. Próxima estación: Ventas. Ya. Ya.

El preparados-listos..., ya se escuchó en sus conciencias cuando se abrieron las puertas del vagón. El primero que llegó a la escalera mecánica fue adelantado enseguida porque llevaba maleta y yo pude esquivar a la señora de las bolsas que abultaba como ella misma y dos amigas; total..., tres. Y ahora otra vez el destino volvía a estar en mis manos. Plas. Estaba a dos minutos. Dos minutos para cruzar esa enorme plaza y saltar la M-30 de dos semáforos y un puente y correr calle abajo. ¿Llegaré? Misión imposible salvo que todos los despertadores de Madrid hubieran decidido retrasarse a la vez... ¿sería posible? Evidentemente, no. Pero a estas alturas sólo me quedaba correr y pensar tonterías antes de ver las puertas del Mercado de Ventas.

No sé muy bien por qué hace ya muchos meses entré en aquel mercado..., o sí..., porque de pequeña ir a comprar de la mano de mi abuelo era ir de excursión; y de mayor, cuando visito otra ciudad, siempre busco esos centros de pasillos resbaladizos y olores que dependen de los escaparates; de gritos con sabores, de extraños equilibrios compuestos de mandarinas. Un fresco diario, al que un día entré porque me sobraba media hora, porque me sobraban dos kilos y también razones para huir de mí misma. Entonces, admirando formas, colores y carteles comenzó una entrañable conversación con aquella mujer que me vendía salud con cáscara porque me volvía a sobrar media hora, recuerdo. Y entonces llegó él para dar un beso a su madre como cada jueves cuando pasaba por Madrid, que me enteré más tarde. Entonces solo supe que debía alargar el momento y, como no podía pegar a la madre y al hijo con un maleficio inverso al de la cola del

autocar escolar, como no podía más que inventar, dije que acababa de mudarme al ladito, tan al ladito que aquellas manzanas podían casi colarse por mi ventana. Sonrisa, saludo y a dejar pasar días y horas y conversaciones con la señora que me vendía la fruta fresca y la esperanza de volver a ver a su hijo también. Tardé muchos viajes, muchos kilos de postres de temporada, en averiguar que aquella sonrisa sólo venía una vez por semana y siempre a la misma hora porque trabajaba en una de esas furgonetas con pinta de caja fuerte que recoge millones a horas en punto. Y a las nueve, y sólo a las nueve, podía permitirse dar un beso a mamá..., y ahí tenía que estar yo. Como si colocarme delante de las fresas fuera uno de esos hábitos cómodos que uno adquiere nada más levantarse y no el final de una "gincana" porque yo vivía a una hora en metro. A una hora y veinte en autobús y a media vida andando.

Adquirido el hábito de la mentira, se imponía reducir esfuerzos a lo justamente necesario. Si sólo eran los jueves a las nueve, podía borrar de la agenda todas aquellas visitas frustradas por la ausencia del personaje y que me llenaron la nevera de "medios-kilos-un-poquito-pasados" de casi-todo. Además, las relaciones con la madre de la criatura iban bien, si no fuera porque, ya que mentí sobre mis hábitos y mi lugar de residencia..., decidí mentir en todo. Alguien me había dicho que la peor de las falsedades es aquella que mayor dosis de verdad contiene y yo decidí sobre la marcha que esa mujer no se merecía semejante engaño. Así que intenté aliviar mi conciencia y puse en funcionamiento la





maquinaria de mi imaginación hasta que reduje la única verdad a mi mera presencia.

—Niña, y tú qué haces tan temprano en el “mercao”

—De camino, de camino al aeropuerto donde otra vez vuelo a Cancún.

—¿Y te llevas frutita? Si no falta de “na” en los aviones..., menos sitio, sitio sí echo en falta cada vez que voy a visitar a mi otro niño, que se fue a los EEUU a hacer el COU y todavía no ha vuelto. Eso sí, tengo los nietos más listos del universo con el inglés del cole, el francés de su madre y el español de su abuela..., y de su padre, claro.

—¿...y no tiene más nietos?, más cerca, digo.

—No hija, no.

... y yo respiro, porque ya sé que por lo menos no hay niños que me separen de mi ídolo de los jueves. Y si no tiene niños, a lo mejor no está casado, y si no está casado, a lo mejor no tiene una novia estupenda que vea cada día lo que yo atisbo un minuto a la semana.

... Y siguen las mentiras:

—Y dónde naciste, porque del barrio no eres...

—No, no —la apreciación me pilló despistada—. Nací en Cancún, pero —arrepentida por exagerada— me he criado en Santiago... de Compostela y después estudié en el sur y luego me vine a trabajar a Madrid... (y me callo porque como siga con la geografía le voy a contar como parte de mi vida donde desemboca el Tajo).

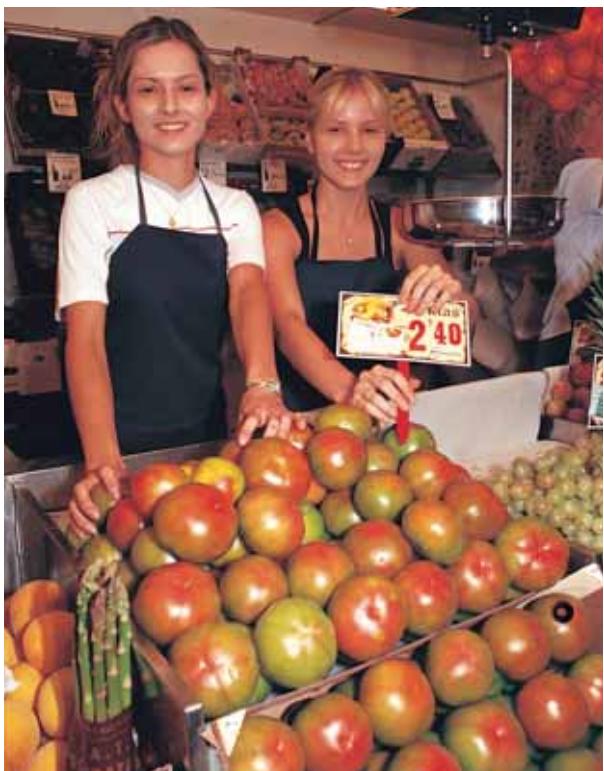
—Qué ajetreo..., y ¿estás casada?

Cuando nos perdemos por los caminos de la sinceridad amenazamos con amargar la vida al de enfrente con confesiones que nadie nos había pedido. Lo malo de instalarse en la mentira es que no haces trasbordos..., y ya puestos, vas y sueltas:

—Sí, casada... —inmediatamente reaccioné rápida pero desafortunadamente—, bueno, ya no... me divorcié... —no estaba del todo de acuerdo con aquella imagen y... la empeoré— pero hace algún tiempo encontré un chico estupendo con el que vivo... —en ese momento me llené los pulmones de aire; todavía no sé muy bien si para llenarme de oxígeno o para ahogarme en él— estamos pensando en tener un niño..., nos va muy bien, de verdad.

Y la verdad es que había metido la pata, que había disfrazado mi completa soledad de una vida que estaba muy lejos de ser la que me pertenecía y aún más lejos de dibujar la que me convenía de cara a una madre que alguna vez, alguna vez, podría contar a su hijo qué estupenda era aquella chica y... ¡solita en el mundo! Para una vez que aquel odioso cartel no me hería, voy y lo cambio por una novela rosa. En ese momento deseé que uno de aquellos cocos que colgaban de la marquesina del puesto me diera en el cabeza..., en la mía o en la de aquella mujer, para que una amnesia repentina y muy localizada borrara de su memoria mis últimas palabras. Pero el coco no cayó...

Me fui pensando que una semana más tarde podría convertirme en una mujer abandonada por una pareja inexistente. O podría incluir en un fatal accidente a aquel hombre con el que supuestamente convivía en perfecta armonía... Pero, como por casualidad, hallé un trocito de voluntad que no estaba del todo en desacuerdo con aquel mundo que acababa de inventar y que cobraba vida entre los pasillos de ese mercado. Al fin y al cabo, lo único que había hecho era crear una comedia bastante más amena que la tragedia a la que estaba adscrita y que me envolvía cada día desde muy temprano. Y así, mientras sorteaba a peatones en los que no reparaba, empecé a pensar en la decoración de la casa que no tengo y en los



detalles de una vida que no llevo. El hombre-perfecto que ocupaba esa casa imaginaria comenzó a ser bastante más interesante que aquel chico que cada jueves acudía al Mercado de Ventas a dar un beso a su madre. Entre los proyectos, y además del niño, incluí en menos de 200 metros de paseo, un coche con tracción a las cuatro ruedas y un viaje exótico cuando mi calendario de vuelos me dejara un hueco.

—Qué puntual, ya te tengo preparadas unas fresas y una piña de diseño..., que sé que no paras.

—Esta tarde me hago las pruebas... de embarazo, claro. Dice Jaime que si todo va bien, y antes de que el niño nos obligue a ir a Disneyworld, nos vamos a Bali.

—Qué suerte... Mira, hijo, una chica con suerte.

Y aquel muchacho volvió a mirarme con los ojos que siempre busqué: los de la admiración por ser la poseedora de una vida redonda, mezclados con otro tipo de intención codificada a la vista de mi plenitud.

...Y después se iba. Tras balbucear algunas palabras, buenos deseos que yo repetía como un eco, porque esas palabras y las conversaciones con su madre alimentaban la novela en la que había convertido mi rutina. Eran un sortilegio y no podía perderlas..., y por eso corría y corría, porque era jueves, llovía, iban a ser las nueve y el ritual mágico debía de cumplirse una semana más, ahora que

estábamos a punto de cambiar el piso de 150 metros por un ático con vistas al Retiro.

Paso por un quiosco, a pocos metros ya de las grandes puertas del mercado; desde el hueco que dejan los periódicos se escapan las señales horarias de alguna emisora de radio. Son las nueve. Antes de que termine de sonar la sintonía que marca el inicio del informativo mis pies ya se desplazan entre los riachuelos que deja el hielo de las pescaderías. Giro a la derecha. Cambia el decorado. Ya no es plata y blanco sino de colores..., y ahora sé que tanta carrera dio resultado, que él está de pie frente a su madre y que de nuevo podrá dar vida al personaje con el que sueño..., poder seguir soñando...

TOÑI FERNÁNDEZ NAHARRO  
Periodista

## MERCADO DE LAS VENTAS. MADRID



El Mercado Municipal –o centro comercial, como se denomina formalmente– de Las Ventas está situado en el barrio de La Concepción de Madrid, junto a la M-30 y muy próximo a la plaza de toros del mismo nombre. Ocupa un edificio nuevo, construido hace diez años, con una superficie de casi 23.000 metros cuadrados, incluido un aparcamiento y todos los servicios de un mercado moderno. La oferta comercial está formada por 110 puestos, de los que 32 son fruterías, otros 22 son carnicerías, 19 pescaderías y el resto se reparten entre otros productos de alimentación. El Mercado de Las Ventas tiene una actividad comercial muy dinámica, favorecida por la evolución social del entorno y el incremento notable, durante los últimos años, de la población inmigrante.